

A LARGO PLAZO

Cuando algunos países de América Latina han logrado cambiar algo de su inestabilidad económica, ya sea aplicando medidas políticas, sociales, financieras o comerciales internas, o bien reduciendo la intervención de las organizaciones extranjeras que interferían directamente en el funcionamiento de sus sistemas económicos, la mayoría de los países desarrollados no sólo han protestado oficialmente por dichos cambios, sino que a su vez han tomado medidas, en ocasiones drásticas, para evitarlos o anular sus consecuencias. Sin embargo, durante las reuniones internacionales, y precisamente por los fines que se persiguen al convocarlas, renace cierto espíritu de comprensión. Por varios días impera una actitud prudente, expectante a veces, analítica otras, gracias a la cual es posible exponer determinadas situaciones de peligro. Si bien no todos los gobiernos han aceptado las pláticas oficiales para resolver sus diferencias pacíficamente, cada día se convence mayor número de personas de que ésta es la única vía prudente para hallar las soluciones de los problemas internacionales.

A pesar del tiempo prolongado que se llevó su preparación, la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, celebrada en Ginebra del 23 de marzo al 15 de junio de 1964, corroboró el aspecto positivo del intercambio ordenado de criterios y la necesidad de aplicar el método en otros planos de la vida internacional. Durante la Conferencia se discutieron puntos importantes acerca del desajuste que existe en el sistema económico mundial. Por primera vez en la historia, las naciones subdesarrolladas se presentaron formando un frente común y dispuestas a exponer las serias y apremiantes dificultades que padecen sus economías. Diecinueve países latinoamericanos insistieron en que se resolvieran a fondo las causas del desequilibrio constante en el comercio y en la producción mundiales, así como en las relaciones de tipo económico que sostienen los países productores de materias primas con los países de industria avanzada. Se expresaron las mínimas posibilidades que hay para la expansión y el desarrollo pleno de los países latinoamericanos, si las economías subdesarrolladas continúan apoyándose exclusivamente en la exportación de materias primas y productos básicos y en la ayuda (préstamos, créditos) que les conceden los países desarrollados. Los temas más importantes que surgieron durante la Conferencia (la injusticia que impera en las relaciones económicas, el círculo reducido de las economías subdesarrolladas, la restricción obligada de las exportaciones sólo a contados productos básicos —petróleo, café, azúcar, cobre y algodón para América Latina—, el aumento de los gastos militares y de las dificultades para el pago de los préstamos, etcétera), después de ser discutidos, condujeron a una serie de disposiciones y recomendaciones que, a largo plazo y siempre que se garantice su aplicación, podrán hacer más estables y justos los vínculos comerciales de las naciones del mundo. Es de esperarse que las contingencias que sobrevengan en el futuro no impidan la aplicación de estas medidas y que, a pesar de

los intereses que ya existen, se pueda confiar en la buena fe de los países desarrollados con respecto a la industrialización y el crecimiento de los países subdesarrollados, especialmente de las naciones latinoamericanas.

—A. D.

COEXISTENCIA PACÍFICA

Acaba de aparecer el libro *Justice in Moscow* que ilustra y examina cómo trabaja la maquinaria de la justicia soviética. Su autor, George Feifer, es un joven norteamericano que tuvo oportunidad de asistir al desarrollo de cientos de juicios en las cortes penales de Moscú. Aparte del interés que ofrece este libro en sí, la experiencia personal del autor es muy valiosa (*Saturday Review*, 27 de junio de 1964) como lo demuestra la nota de Mary Kersey Harvey:

En 1962 George Feifer se graduó en Harvard, y luego se inscribió en la Universidad de Moscú. Formó parte de un grupo de 120 estudiantes norteamericanos que acudieron a tomar cursos a la Unión Soviética. La vida de Feifer se desarrolló normalmente: bailó, bebió, cantó y comió en compañía de estudiantes soviéticos, y hasta se enamoró de una muchacha rusa. En esta época aprendió más sobre sí mismo y los Estados Unidos que en ninguna otra época de su vida.

Feifer es quizá el único norteamericano que ha asistido a cientos de juicios soviéticos y otros procesos legales. Esto formó parte de sus estudios de leyes. No necesitó ningún permiso especial para entrar en las cortes. Todo lo que hizo fue vestirse como un moscovita, y mezclarse entre la multitud de espectadores que asisten a los juicios.

De regreso a los Estados Unidos, Feifer escribió artículos para las principales revistas norteamericanas. "Me horroriza oír —dice— a personas supuestamente enteradas formular juicios ridículos acerca de Rusia. Me encuentro muy desilusionado después de mi regreso de Rusia, por la imagen que se han creado los norteamericanos en torno de la Unión Soviética; es tan deformada como la que ellos tienen de nosotros. Lo que hace falta es crear una verdadera imagen de Rusia, como un país razonablemente normal, progresista, contento y feliz de la vida."

"Lo que los norteamericanos no sabemos de Rusia (se lamenta Feifer) es precisamente lo que más nos urge saber. Desconocemos su idealismo. Me sentía asombrado y conmovido por el profundo y fuerte idealismo de los estudiantes universitarios. ¡Qué alentador es descubrirlo aún latente después de 45 años de frustraciones!"

"Creo que los norteamericanos necesitan una buena dosis de lo que los soviéticos denominan socialismo, y que los rusos, una buena dosis de lo que nosotros llamamos constitucionalismo".

A Feifer le gustaría publicar un artículo titulado "Por qué Estados Unidos debería ayudar a los rusos a construir el comunismo". Cuando le sugerimos que sería algo difícil de colocar en el mercado, él nos recuerda que en un tiempo los católicos y los protestantes estaban re-

ñidos a muerte; en cambio, ahora practican la coexistencia y cooperan pacíficamente. Faifer piensa que algo análogo debería suceder en las relaciones entre Estados Unidos y Rusia.

El autor espera escribir un informe sobre Rusia para "ayudar a los norteamericanos a comprender la normalidad de la vida rusa. Lo que deben saber es que los rusos ahora se entregan de todo corazón en cualquier campaña que trate de mejorar a los hombres y a la sociedad. La mayoría de los norteamericanos se asombraría —finaliza Feifer—, si conocieran el profundo deseo soviético de evitar una guerra nuclear".

—C. V.

LA GRAVEDAD Y EL PELIGRO

En la sección que la revista *Time* (junio 26, '64) dedica a los asuntos de la ciencia, se nos informa de la nueva teoría preparada por el cosmólogo británico Fred Hoyle, quien también es autor de varias novelas de ciencia ficción (v. gr. *La nube negra*). Dicha teoría, que Hoyle ha elaborado junto con el matemático hindú Jayat V. Narlikar, se refiere principalmente a las consecuencias de la súbita desaparición de la mitad del universo y se relaciona con la existencia del fenómeno "masa" y con la forma en que éste actúa dentro del espacio cósmico, problemas anteriormente estudiados por Ernst Mach y Albert Einstein.

Hoyle afirma que ha logrado incorporar los principios de Mach ("la masa de cada cuerpo en el universo recibe el efecto interaccional de todos los demás cuerpos") a su propia noción del equilibrio universal. Enumera las causas por las que la gravedad constituye siempre una fuerza de atracción, nunca de repulsión, y trata el problema del movimiento de las galaxias con respecto al de la tierra, llegando a la conclusión de que se ha seguido un camino equivocado al identificar la velocidad de la luz en determinados lugares del espacio con la velocidad de un cuerpo que se halla lejos de estos puntos. Este último razonamiento explica por qué las galaxias, en lugares distantes del universo, pueden, teóricamente, alejarse de la tierra a una velocidad mayor que la de la luz, límite que, según Einstein, no podía ser excedido.

Sin embargo, la parte más impresionante de la teoría Hoyle-Narlikar es la que analiza el hecho de que la masa de cada partícula del universo sea factor auxiliar en la creación de las masas de todas las demás partículas. Según el criterio de Hoyle-Narlikar, es imposible un universo de la nada: deben existir por lo menos dos partículas con intercambio de sus respectivas masas. "Las masas del sol y de la tierra y en consecuencia su mutua atracción de gravedad, se deben, parcialmente, una a la otra y a la de cuerpos distantes" (estrellas, galaxias). Si desapareciera la mitad del universo, la intensidad de la gravitación en el sistema solar aumentaría al doble, haciendo que la tierra se acercara al sol y que la presión y la temperatura de este último creciera en la misma escala. Antes de carbonizarse, los seres vivientes de la tierra descubrirían que pesaban el doble de su peso original. Por fortuna, la teoría de Hoyle-Narlikar no puede ser probada plenamente por vías experimentales.

—A. D.